

# SERTORIO EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX\*

## SERTORIUS IN NINETEENTH CENTURY SPAIN

Silas GARCÍA CONDE\*\*, Pepa CASTILLO PASCUAL  
Investigadora. Universidad de La Rioja

**RESUMEN.** En el siglo XIX España está consolidando su identidad nacional y para ello se sirve de personalidades que desempeñaron un importante papel en su pasado más remoto. Así ocurre con Quinto Sertorio, un brillante general romano que se opuso a la dictadura de Sila. En este artículo se analiza la figura de Sertorio en el siglo XIX. Comenzamos revisando su imagen en las fuentes clásicas, después en las Historias de España más leídas esta centuria, para terminar con Sertorio como *exemplum* retórico en la oratoria parlamentaria y como héroe en los libros de escuela.

**PALABRAS CLAVE:** Sertorio, Oratoria política, Escuela, Modesto Lafuente, Juan de Mariana.

**ABSTRACT.** In the 19th Century, Spain is consolidating its national identity, and for that purpose, remarkable personalities played an important role at that time. Quintus Sertorius was one of them, a brilliant Roman Commander who stood against the Dictatorship of Sila. This article breaks down the figure of Sertorius in the 19th Century. It is introduced by reviewing his presence in classical sources; followed by most read Histories of Spain in this century; and finally, in his speeches in the Congress of Deputies and as a schoolbooks hero.

**KEYWORDS:** Sertorius, Political oratory, School, Modesto Lafuente, Juan de Mariana.

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto MINECO HAR2016-76940-P «Antigüedad, nacionalismos e identidades complejas en la historiografía occidental (1789-1989): Aproximaciones desde Europa y América Latina».

\*\* **Correspondencia a / Correspondence to:** Silas García Conde. C/ Vélez de Guevara, 41 (26005 Logroño) – silasgarciaconde@me.com – https://orcid.org/0000-0003-1816-1702.

**Cómo citar / How to cite:** García Conde, S.; Castillo Pascual, P. (2019), «Sertorio en la España del siglo XIX», *Veleia*, 36, 23-36. (https://doi.org/10.1387/veleia.20735).

Recibido: 2 abril 2019; aceptado: 3 junio 2019.

ISSN 0213-2095 - eISSN 2444-3565 / © 2019 UPV/EHU



Esta obra está bajo una licencia  
Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

En el año 83 a.C. Quinto Sertorio (122-72 a.C.), partidario de Cayo Mario en su lucha contra Lucio Sila, llega a la península ibérica como gobernador de la Citerior. Sin embargo, la proclamación de Sila como dictador al año siguiente supuso el cese inmediato de su efímero mandato constitucional y su huida a África, donde permaneció hasta que fue reclamado por los lusitanos. A partir de ese momento, la casi totalidad de Hispania se convierte en el campo de batalla del primer enfrentamiento armado entre *optimates* y *populares*, la guerra sertoriana (82-72 a.C.)<sup>1</sup>. En esta nueva coyuntura, las poblaciones de Iberia fueron o simples espectadoras, o bien tomaron parte activa en los acontecimientos.

El objetivo de nuestra contribución es determinar qué Sertorio conocieron los españoles del siglo XIX, la del enemigo de Roma o la del patriota defensor de la legalidad republicana quebrantada por Sila. Con este fin, tras presentar al Sertorio de las fuentes clásicas, veremos cómo es retratado en las Historias de España más leídas en el siglo XIX, nos referimos a la *Historia General de España* del Padre Juan de Mariana (1592) y a la *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días* de Modesto Lafuente (1850-1867). Después nos centraremos en la utilización de Sertorio como *exemplum* en la oratoria política y, por último, en el Sertorio que se enseñaba en la escuela.

#### EL SERTORIO DE LAS FUENTES CLÁSICAS

Nuestro objetivo aquí no es entrar en la controversia moderna generada a partir de las dos tradiciones en torno a este personaje, la «filosertoriana» y la «antisertoriana», ni tampoco en el grado de dependencia de unas fuentes con respecto a otras<sup>2</sup>. Nos centraremos tan solo en presentar los rasgos que caracterizan a Sertorio en aquellos autores que nos ofrecen un relato relativamente extenso sobre él; nos referimos a Diodoro Sículo, Livio, Floro, Apiano y Orosio, entre los detractores, y a Salustio y Plutarco, entre sus defensores.

En Diodoro Sículo (? - c. 36 a.C.), Sertorio es un personaje despótico, arbitrario y fraudulento, que confisca las propiedades de sus aliados más ricos en su propio beneficio, que no paga los salarios a los soldados y que se comporta como único juez en los casos de condena a muerte (37, 22a). Este comportamiento mezquino y despótico fue la causa de su muerte a manos de dos de sus más prestigiosos jefes (37, 22a). En realidad, Diodoro nos presenta una imagen de Sertorio en la que se sintetiza todo lo que no debía ser un monarca helenístico, y de la que tan solo pasará a la posteridad el tópico de su *crudelitas* (García Domínguez 2018, 61-62). Para comprenderla debemos tener en cuenta, además, que su relato depende de Posidonio, amigo y admirador de Pompeyo, el rival de Sertorio en la guerra en Hispania (Strasburger 1964, 44).

Los resúmenes a la obra de Livio (59 a.C.-17 d.C.), realizados por un autor tardío, nos presentan a Sertorio como el causante de una gran guerra en Hispania (*Perioch.* 90, 5), y de *multa crudelia* contra sus propios hombres, amigos a los que acusó de traición y castigó con la muerte (*Perioch.* 92, 4). También se recoge en las *periochae* la noticia de que Mitridates, por entonces uno de los mayores enemigos de Roma, firmó un *foedus* con Sertorio y declaró la guerra al pueblo romano (*Perioch.* 93, 3). Pero el texto más claro es aquel en el que se narra el asesinato de Sertorio durante un banquete en *Osca* (Huesca), aquí es presentado como un *magnus dux, prodigus* pero también

<sup>1</sup> Una narración detallada de las operaciones militares en García Mora 1991; Salinas de Frías 2014, 23-33.

<sup>2</sup> Sobre esta última cuestión remitimos a los trabajos de Neira Jiménez 1986 y García Domínguez 2018.

*saevus* (*Perioch.* 96, 4). Su juicio no es del todo negativo, y con el último apelativo tan solo se refleja la decadencia de su carácter a partir de sus enfrentamientos con Pompeyo.

Ya en época de Tiberio, Velejo Patérculo (14 a.C.-31 d.C.) alaba a Pompeyo (2, 29, 5) y considera a Sertorio como el único responsable de una guerra que fue un enfrentamiento entre romanos e hispanos (2, 90, 3), y supuso un peligro para la estabilidad de Roma (2, 25, 3), porque «durante cinco años no pudo decidirse si era más potente el ejército hispano o el romano y qué pueblo iba a obedecer al otro» (2, 90).

Floro (s. II) define a Sertorio como un hombre de una valentía extraordinaria pero fatídica, porque «con sus desgracias perturbó mares y tierras» (*Epit.* 2, 10, 2)<sup>3</sup>. Un juicio esperado de un historiador para el que el Principado representaba la conquista del orden y de la estabilidad de las que careció la República (Hose 1994, 119)<sup>4</sup>; un periodo de la historia de Roma en el que «la desgraciada Hispania sufría el castigo de la discordia entre los generales romanos» (*Epit.* 2, 10, 8). Bajo esta perspectiva hay que entender su juicio negativo sobre Sertorio, evidente en la alusión a la ayuda que prestó a Mitrídates o cuando le define como *hostis* de la «causa romana» (*Epit.* 2, 10, 4; 2, 10, 5).

Para Apiano (*ca.* 95 - *ca.* 160) la guerra sertoriana, que relata a partir de la llegada de Pompeyo, es una guerra difícil que enfrenta a romanos contra romanos en suelo peninsular, y en la que su líder se había hecho famoso por su gran audacia (*BC* 108). Dice de él que había ofendido la dignidad del Senado de Roma al elegir a trescientos de sus amigos para constituir un consejo (*BC* 108); incluso afirma que habría marchado contra Italia si Roma no llega a enviar a Pompeyo para asumir el mando de la guerra en Hispania (*BC* 108). Refleja su crueldad en el saqueo y destrucción hasta los cimientos de la ciudad romana de *Lauro* (Liria) y, al mismo tiempo, su disciplina con las tropas (*BC* 109)<sup>5</sup>. Muestra también crueldad con sus propios soldados cuando descubre que muchos de ellos se habían pasado al bando de Metelo, entonces «ultrajó de modo bárbaro y salvaje» a muchos que le seguían siendo fieles (*BC* 112). Por otra parte, presenta a Sertorio como un «enemigo de Roma», como el causante de que los soldados sean infieles a su patria (*BC* 112). Para compensar, alaba sus dotes militares, su habilidad y fortuna en la guerra, así como su rapidez operativa, que le sitúa al mismo nivel que Aníbal (*BC* 112)<sup>6</sup>. Sin embargo, no falta el comportamiento reprochable de una vida ociosa, entregada a la bebida, las mujeres y las fiestas, con la que explica sus derrotas en el último año de guerra (72 a.C.), las cuales, a su vez, generan un carácter irascible, desconfianza y una mayor crueldad en los castigos (*BC* 113). Según el relato de Apiano, este cambio en la personalidad de Sertorio hizo a Perpenna temer por su vida, y por esa razón maquinó el complot que acabó con la vida de su general (*BC* 113). El historiador alejandrino, para quien el imperio representa el triunfo de la concordia, justifica así el asesinato de Sertorio<sup>7</sup>.

En la Antigüedad tardía, Orosio (*ca.* 384 - *ca.* 420) presenta a un Sertorio embaucador y osado (*Apol.* 5, 20, 1; 5, 23, 2), instigador de guerras civiles que fueron desastrosas para Roma (*Apol.* 5, 19, 9), un hombre temible (*Apol.* 5, 21, 3), el más cruel de todos los que trajeron la guerra a Hispania (*Apol.* 5, 23, 7; 5, 24, 16). En realidad, estamos ante la visión de un historiador cuyo obje-

<sup>3</sup> En *Epit.* 2, 10, 3 incide nuevamente en su valentía y en la de los hispanos que le apoyaron.

<sup>4</sup> No creemos que Floro esté influenciado por fuentes antisertorianas, a pesar de que mencione que ayudó con su flota a Mitrídates (*Epit.* 2, 10, 4).

<sup>5</sup> Durante el asedio de la ciudad una mujer sacó los ojos al soldado que había intentado violarla, y al conocer

Sertorio este suceso condena a muerte a toda la cohorte porque, desde su punto de vista, fue cómplice de tal acto.

<sup>6</sup> De hecho, afirma que la guerra hubiese continuado si Sertorio no hubiese muerto (*BC* 1, 115).

<sup>7</sup> Es evidente que ha consultado fuentes contrarias a Sertorio. En relación con sus fuentes, *vid.* Hose 1994, 142-355.

tivo es desmitificar el pasado de Roma, sobre todo los acontecimientos que tuvieron lugar antes de la llegada de Augusto, porque a partir de entonces se inauguró un periodo de paz, pero no fue un mérito del César, sino de la venida de Cristo (*Apol.* 3, 8, 5-8)<sup>8</sup>.

Entre los filoserstorianos tenemos a Salustio y Plutarco. Salustio (86-36 o 35 a.C.) es quien en sus *Historias* nos ofrece el primer relato histórico sobre la guerra de Sertorio en Hispania. A pesar de que los testimonios directos de esta obra son muy escasos y que para su reconstrucción fragmentaria ha sido necesario acudir a las citas que de la misma hacen otros autores, es posible hacerse una idea de la imagen que Salustio transmitió sobre Sertorio<sup>9</sup>. Una imagen que no podía ser negativa por venir de un popular claramente antisilano, partidario de Julio César y también de ascendencia sabina<sup>10</sup>. Elogia sus dotes militares en sus primeras campañas (*Hist. frg.* 1, 108R; 2, 27R), dotes que, según este historiador, han sido silenciadas por su *ignobilitas e invidia scriptorum* (*Hist. frg.* 1, 76R). Menciona su fama de hombre justo (*Hist. frg.* 1, 78R), y su moderación, con la que consiguió la admiración y respeto de los habitantes de Iberia (*Hist. frg.* 1, 91R); y no pasa por alto su cambio de carácter cuando Pompeyo llega a Hispania (*Hist. frg.* 2, 16R)<sup>11</sup>.

Una imagen idealizada de nuestro personaje encontramos en la biografía que sobre él escribe Plutarco, cuya intención era mostrar su comportamiento ejemplar y convertirlo en un modelo de conducta. Ya al comienzo lo presenta como un hombre «más casto con las mujeres que Filipo, más fiel a sus amigos que Antígono, más humano con sus enemigos que Aníbal, y en sagacidad no quedaba atrás de ninguno de éstos...» (*Sert.* 1, 9); un guerrero apto para el mando y astuto, que vivió entre bárbaros y al que, finalmente, la fortuna le reservó un destino cruel (*Sert.* 1, 11). Y suma a estas virtudes la de la elocuencia (*Sert.* 2, 22), talento reconocido por Cicerón, quien apostilla, por otra parte, su falta de elegancia como orador (*ad Brut.* 180)<sup>12</sup>.

En torno a su astucia, ingenio y valentía, unidos a su nefasto destino, construye Plutarco su biografía, que se puede considerar una apología clara de su protagonista a partir del libro veintidós. Refiere que cuando llega a Iberia a finales del año 83 a.C. en calidad de propretor no tarda en ganarse el favor de sus habitantes, sobre todo en el momento que les libera de dar alojamiento a las tropas romanas (*Sert.* 6, 8). Estas virtudes explican que los lusitanos envíen embajadores al norte de África, donde se había refugiado tras ser expulsado de Iberia por Cayo Annio, «para ofrecerle el mando, al necesitar por su miedo a los romanos a un general que tenía sin duda un enorme prestigio y experiencia; se confiaban solo a aquel ya que conocían su manera de ser por los que habían tenido tratos con él» (*Sert.* 10, 1).

Plutarco no duda en mostrar la labor romanizadora de Sertorio, posible gracias a la admiración que despertaba entre los «bárbaros» por sus hazañas militares. Así consigue «suprimir lo furioso y salvaje de su fuerza con armamentos, formaciones y consignas romanas», y transformar a una «banda de ladrones» en un ejército (*Sert.* 14, 1). Incluso va mucho más allá cuando reúne a los hijos de las familias más prestigiosas en *Oscá* (Huesca) para que reciban una formación clásica, que en un futuro les llevaría a obtener la ciudadanía romana (*Sert.* 14, 3-4)<sup>13</sup>. El biógrafo quiere pre-

<sup>8</sup> Sobre esta cuestión remitimos a Balmaceda Errazuriz 2016, 169-170.

<sup>9</sup> Esta imagen está conservada en parte en la *Vida de Sertorio* de Plutarco, a este respecto *vid.* Syme 1964, 203-205 y Neira Jiménez 1986, 201-204.

<sup>10</sup> Su tendencia antisilana es clara en *Hist. frg.* 1, 36R; 1, 38R; 1, 40-42R; 3, 15, 1R; 3, 15, 9R.

<sup>11</sup> Una visión general del Sertorio de Salustio en García Domínguez 2018, 62-64.

<sup>12</sup> Un juicio muy apropiado de alguien que al hablar sobre la guerra sertoriana no duda en elogiar a Pompeyo (*Balb.* 5).

<sup>13</sup> En realidad, era también una artimaña para retenerlos allí como rehenes y así asegurar la lealtad de sus padres, *vid.* Plut. *Sert.* 14, 3; App. *BC* 1, 114.

sentar así a un Sertorio muy romano, leal a Roma y defensor de sus instituciones (*Sert.* 22, 5-7)<sup>14</sup>; pacífico por naturaleza e inclinado a una vida tranquila (*Sert.* 22, 12; *Eum.* 21), «que estaba dispuesto a deponer las armas y a vivir como un particular si obtenía su regreso; pues prefería ser el ciudadano más desconocido de Roma que, como desterrado, ser proclamado soberano con plenos poderes sobre todos los demás juntos» (*Sert.* 22, 7-8).

Estamos ante un héroe virtuoso, amado por todos, capaz de salvarse y de salvar a los que le seguían (*Sert.* 15). Pero el destino no fue justo con él y así se explican los cambios que experimenta su carácter al final de su aventura en Hispania. Sin embargo, el responsable de tales cambios no fue Sertorio, sino sus compañeros de armas, que corroidos por la envidia y alentados por Perpenna, consiguieron que Sertorio perdiese su popularidad entre los íberos (*Sert.* 25, 1-4), y eso le llevó a cometer «un ultraje con los niños íberos que se educaban en Osca, matando a unos y vendiendo como esclavos a otros» (*Sert.* 25, 5-6). En este relato encomiástico, Plutarco debe justificar tal comportamiento y lo hace cuando afirma que «no es imposible que intenciones y naturalezas virtuosas al ser maltratadas por grandes e inmerecidos desastres hayan modificado por el destino la manera de ser» (*Sert.* 10, 6).

Por último, no queremos pasar por alto las breves referencias que encontramos a Sertorio en Valerio Máximo (s. I a.C. - s. I d.C.), ya que relata dos episodios de su vida que han pasado a la posteridad, el de la cierva blanca (1, 2, 4) y el de las crines de los dos caballos (7, 3, 6), a los que nos referiremos más adelante<sup>15</sup>. Su juicio no es substancialmente negativo; para él, Sertorio es un hombre dotado por igual de fuerza física y de sensatez (7, 3, 6), un *acerrimus hostis* de los ejércitos romanos (9, 1, 5).

Es evidente la falta de unanimidad en las fuentes a la hora de juzgar a Sertorio. Por un lado están los detractores, que le definen como un personaje arbitrario, despótico y mezquino (Diodoro Sículo), cruel (Diodoro Sículo, Livio, Apiano, Orosio), traidor (Livio, Veleyo Patérculo), que puso en peligro la estabilidad de Roma (Veleyo Patérculo); un enemigo de Roma (Valerio Máximo, Apiano), que fue fatídico para la república (Floro); un embaucador y hombre temible (Orosio), instigador de guerras civiles (Orosio); y, por supuesto, al que no le podía faltar el cliché negativo de vida ociosa entregada a la bebida, a las mujeres y a las fiestas (Apiano). Sin embargo, algunos de sus detractores reconocen su valía militar, su extraordinario valor, su osadía y dotes de mando, incluso su sensatez, pareja a su fuerza física (Livio, Valerio Máximo, Floro, Apiano, Orosio). Por otro lado, están sus defensores: Salustio, que lo define como un gran militar, justo y moderado; y Plutarco, que en su biografía de Sertorio, además de presentar un largo repertorio de virtudes propias de un patriota, justifica la *crudelitas* de la que se hacen eco la mayoría de los autores.

## SERTORIO EN LAS HISTORIAS DE ESPAÑA

En 1601 se publica la primera edición en español de la *Historia General de España* del jesuita Juan de Mariana (1536-1624), que se reedita ininterrumpidamente hasta que en 1850 se publica la *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días* de Modesto Lafuente (1806-1866). Durante 250 años, por lo tanto, pervive una Historia de España que fue escrita a finales del siglo XVI con la intención de defender las glorias de España frente al menosprecio de otras

<sup>14</sup> Su lealtad se pone de manifiesto en el tratado con Mitrídates, *vid.* Plut. *Sert.* 23-24.

<sup>15</sup> Neira Jiménez demuestra que el antecedente directo de ambos episodios son las *Historias* de Salustio (Neira Jiménez 1986, 196-198).

naciones europeas, que la veían como «el paradigma del fanatismo, la crueldad, la codicia y la fatuidad» (Álvarez Junco 2016, 147). En palabras de Álvarez Junco, para Juan de Mariana la historia era «un semillero de orgullo colectivo» y con ella podía mostrar «la alta calidad de la sangre» de sus contemporáneos (Álvarez Junco & De la Fuente Monge 2017, 95). Tal planteamiento encajaba perfectamente con el siglo de los nacionalismos, en el que cada nación buscaba determinar los rasgos que definían su carácter y temperamento volviendo la vista hacia su pasado.

En su relato de los acontecimientos de la guerra sertoriana sigue en líneas generales a las fuentes clásicas, pero no faltan alusiones y comentarios que son fruto de su afán por mostrar una imagen positiva de España y de su pensamiento constitucionalista. Afirma, por ejemplo, que Sertorio fue llamado por los lusitanos porque estaban cansados del dominio de Roma y deseaban recobrar la libertad que tanto deseaban (1601, 161, 31-34); porque para los «españoles» Sertorio «podría escurecer la gloria de los Romanos, abaxar sus brios, y quitar su tyrania» (1601, 162, 6). Sin embargo, no se ganó el ser comparado con los «capitanes mas excelentes asi por sus raras virtudes, como por la destreza en las armas y prudencia en el gobierno», porque la «crueldad y fiereza» de su última etapa transformaron su «condicion mansa y tratable» y le llevaron a matar a algunos de los suyos y también de los «hijos de los españoles» que fueron a estudiar a Huesca, vendiendo a otros como esclavos (1601, 166, 28-35). Este extravío tiránico, contrario al pensamiento político del jesuita, explica su escaso interés en presentar una imagen completa de la personalidad de Sertorio. Por otra parte, no dejaba de ser un romano más y Roma era para Mariana un imperio, incluso en su fase republicana, y como tal carecía de los mecanismos que garantizaban un control sobre el poder, de manera que estaba abocado a la ruina, al igual que el imperio de los Austrias<sup>16</sup>.

A mediados del XIX, con la publicación de la *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días* de Modesto Lafuente, se rehabilita la figura de Sertorio del glorioso pasado de España. Ahora estamos ante un individuo sagaz que supo ganarse el afecto de los «españoles» porque se comportó con ellos de una manera justa y generosa, les ayudó a liberarse del «yugo de los codiciosos pretores» y le reconocieron como pretor de la provincia (1877, 35)<sup>17</sup>. Gracias a su aptitud, «logró encender en los pechos españoles la misma llama que ardía en el suyo contra la tiranía de Sila» (1877, 35). De esta manera Sertorio halaga, según Lafuente, el orgullo nacional de los españoles, tan maltrecho por las injusticias de Roma (1877, IV); y si no consiguió emancipar a España de Roma o hacer de ella una segunda Roma fue porque «tuvo la virtud y el defecto de no acabar de ser español y no querer dejar de ser romano» (1877, V). En cualquier caso, la fidelidad de los «soldados españoles» a su «jefe extranjero» fue tal que se dieron muerte para no sobrevivirle (1877, V)<sup>18</sup>. Con este planteamiento no nos debe extrañar que Lafuente excuse los extravíos tiránicos de Sertorio, imperdonables para Juan de Mariana, cuando fue tribuno militar de Tito Didio<sup>19</sup>, porque para el historiador liberal «en aquella ocasión los españoles habían dado justo motivo a su resentimiento» (1877, 35).

<sup>16</sup> Sobre la proyección de su pensamiento político en esta obra, *vid.* Wulff Alonso 2003, 51-60.

<sup>17</sup> Para ilustrarlo refiere algunas de las medidas que puso en práctica en la Citerior, como la supresión de los tributos o de dar alojamiento a las tropas romanas, *vid.* Plut. *Sert.* 6.

<sup>18</sup> Alude aquí a su escolta personal formada por «devotos que habían jurado no sobrevivir á su amado jefe, cumplieronlo con su fidelidad acostumbrada, haciendo

el sacrificio sublime, sin ejemplo en los anales de otros pueblos, de quitarse la vida unos á otros. Imposible es llevar á mas alto punto la devoción y la fidelidad, el respeto á los juramentos, el desprecio de la vida, y la austeridad y rigidez de costumbres. Tales eran los españoles de aquella edad» (1877, 39).

<sup>19</sup> Se refiere a sus expediciones de castigo en las poblaciones de *Castulo* (ca. Linares) e *Isturgi* (Los Villares de Andújar, Andújar), *vid.* Plut. *Sert.* 3.

Tras esto continúa con el relato de la presencia de Sertorio en Hispania (1877, 35-39), en el que destaca sus habilidades como general, su amor hacia los españoles (1877, 35-36), que lo veían como «un general de talento, de arrojo, de carácter amable, y aunque extranjero, protector de su libertad: porque él les repetía frecuentemente que no descansaría hasta librar a España de la opresión en que tan inmerecidamente gemía: que él mismo no tenía ya mas patria que España, y que o la fortuna y los dioses le habían de ser muy adversos, o había de verla una nación grande, independiente y libre» (1877, 36). Es por eso que las tropas de Sertorio «peleaban con el denuedo de quien defiende su libertad, tenían fe en su caudillo, y estaban acostumbradas a guerrear sin provisiones, sin tiendas y sin embarazos» (1877, 36). Unas tropas a las que llama «ejército español», organizado y equipado por Sertorio a la romana, con el que repartía todo el botín (1877, 36). Una imagen del valor y heroísmo español muy en consonancia con los tiempos de Lafuente, porque era «un Viriato, que reunía además la política de la civilización romana» (1877, 36).

No olvida tampoco hacer referencia a la escuela superior que crea en *Oscá*, a la que define como «una especie de universidad», que sirvió para «ir romanizando a los españoles» (1877, 36), y gracias a la cual «la Celtiberia y la Lusitania, y en general la España toda, fueron deudoras a Sertorio de la participación que comenzaron á tener en la ilustración romana», porque con él «nació en España el gusto por las letras» (1877, 56). No olvida mencionar que «servíale también para tener allí reunida y como en rehenes la juventud más distinguida de España. Sin embargo, ¿qué más hubiera podido hacer ningún español? ¿Y cómo no habían de amarle los españoles, sin mirar que fuese romano?» (1877, 36).

También refiere la embajada que Mitrídates manda a Sertorio, en la que el rey del Ponto le ofrece tres mil talentos y galeras para combatir a los «romanos de España», y a cambio este debía enviarle tropas al mando de uno de sus mejores oficiales (1877, 38). En este punto, Lafuente es fiel al relato de Plutarco, y nos presenta a un Sertorio patriota, que contesta así a los emisarios de Mitrídates: «No acrecentaré yo nunca mi poder con detrimento de la república; decidle que guarde él la Bitinia y la Capadocia que los romanos no le disputan, pero en cuanto al Asia Menor no consentiré que tome una pulgada de tierra mas de lo que se ha convenido en los tratados» (1877, 38)<sup>20</sup>.

Se hace eco también del cambio de carácter al que aluden Salustio, Livio, Plutarco y Apiano, y que tiene lugar cuando Pompeyo, presentado como un individuo arrogante y presuntuoso (1877, 36), es enviado para ponerse al frente de la guerra contra Sertorio. Lafuente refiere su negro humor, que le hizo «áspero, duro, caprichoso y cruel», pero presenta como culpables de las actuaciones violentas en esta etapa a sus tropas, que afirmaban hacerlo en nombre de su general (1877, 38). Nuevamente el historiador decimonónico justifica el comportamiento de su héroe liberal, porque es la recompensa que pone Metelo a su cabeza la que hizo que su razón se extraviase, que viese enemigos por todas partes, «que hiciese perecer en el suplicio a una parte de los jóvenes nobles que se educaban en Huesca, y vender a otros como esclavos» (1877, 38).

El final de Sertorio es, en opinión de Lafuente, «desastroso y no merecido» para alguien a quien los españoles llamaban el Aníbal romano y que durante ocho años hizo dudar «si la España sería romana o si Roma sería española» (1877, 38). Pero, y retoma las palabras de un escritor extranjero cuyo nombre no menciona, «para honor de España (...), hay que confesar que ninguno de los conjurados era español; todos eran romanos» (1877, 38). Es evidente que el calificativo de «traidor» no encajaba con la imagen que se quería transmitir de lo español.

<sup>20</sup> Sobre la embajada de Mitrídates en Plutarco, *vid. Sert. 23*.

Con Mariana la figura de Sertorio ocupa un segundo plano, sus extravíos tiránicos y el hecho de ser romano le impiden convertirse en un héroe con el que mostrar, como hemos dicho antes, «la alta calidad de la sangre» de sus contemporáneos. No es este el caso de Lafuente, quien, con la ayuda de Plutarco, rehabilita la figura de Sertorio para la España de la segunda mitad del siglo XIX. Ahora sí que estamos ante un héroe de leyenda, medio español y medio romano, amado por los españoles; un hombre que luchó con ellos por su independencia y libertad, halagando así su orgullo nacional; un hombre que si no triunfó fue por no ser del todo español. Así presentado, el Sertorio de Lafuente encajaba perfectamente con el arquetipo de «lo español» que quería difundir la España liberal, era otro Viriato. Ambos héroes contribuyeron, en esta historia de corte liberal, a fijar la esencia de la nación a través de sus acontecimientos pasados, en este caso la resistencia a Roma en la lucha por la libertad y la independencia<sup>21</sup>. La España del siglo XIX necesitaba reelaborar su historia en términos nacionales (Álvarez Junco 2016, 161), porque había que construir la identidad española.

#### SERTORIO EN LA ORATORIA POLÍTICA

Tan solo en seis ocasiones es mencionado Sertorio en los discursos pronunciados por los diputados durante las sesiones del congreso a lo largo del siglo XIX. Un conjunto muy poco representativo para poder extraer conclusiones al respecto, y que contrasta con las veces que aparecen mencionados Sagunto y Numancia, o el legendario Viriato, pero, claro está, estamos ante «la trilogía sagrada de la mitología de lo Español» (Pérez Vejo 1996, 971)<sup>22</sup>.

En primer lugar, nos centraremos en aquellas intervenciones que hacen referencia a leyendas y dichos atribuidos a Sertorio. En este grupo incluimos el discurso pronunciado por Antonio Capmany, diputado por el Principado de Cataluña para las Cortes de Cádiz, el 10 de agosto de 1811 en contra del reglamento para las guerrillas. El diputado recuerda a los asistentes una de las leyendas atribuidas a Sertorio, la de las colas de los dos caballos, un símil utilizado por el militar romano para explicar a sus hombres que la paciencia es la mejor táctica para vencer<sup>23</sup>. Pero no quiere llamar con este *exemplum* a la paciencia, sino evidenciar que este reglamento no era más que una manera de «destruir lenta e invisiblemente estos cuerpos de patriotas, que ni fueron forzados por alistamiento, ni por quinta, ni por conscripción, sino llamados por su entusiasmo y amor a la independencia nacional»<sup>24</sup>, por eso dice más adelante «En esto me parece ver aquello que se cuenta de Sertorio, que mirando como imposible arrancar de un golpe la cola del caballo, aconsejó que era más fácil conseguirlo sacándola pelo a pelo»<sup>25</sup>.

<sup>21</sup> En relación con este «uso» de la Historia en la obra de Lafuente, *vid.* Wulff Alonso, 1994, 863-871; 2003, 108-109; Álvarez Junco & De la Fuente Monge 2017, 265-283.

<sup>22</sup> Sobre Sagunto, Numancia y Viriato como *exempla* histórico en la oratoria parlamentaria del siglo XIX, *vid.* Castillo 2018; Iguácel & Castillo 2018.

<sup>23</sup> En esta leyenda, que aparece por primera vez en Valerio Máximo (7, 3, 6) y que recoge también Plutarco (*Sert.* 16), Sertorio, tras dejar marchar a combate a su turba de impacientes seguidores y regresar estos derrotados, los reúne a todos y trae dos caballos, uno flaco y viejo

y otro joven y airoso. Junto al primero pone a un hombre robusto y fuerte, y junto al segundo a uno pequeño y maltrecho. A una señal, el primero tira con ambas manos de la cola del caballo que le había tocado, mientras que el otro lo hace pelo a pelo. El segundo consigue arrancarle la cola, no así el primero. De esta manera, Sertorio les muestra cómo la paciencia puede más que la fuerza.

<sup>24</sup> *DSC*, n.º 312, 10 de agosto de 1811, 1611. El objetivo era la militarización de las guerrillas y las partidas, que habían surgido en 1808 como consecuencia de los fracasos del ejército regular, *vid.* Moliner Prada 2008, 49-52.

<sup>25</sup> *Ibid.*



En el debate sobre el presupuesto de gastos de Ministerio de Gracia y Justicia, el diputado Arias de Miranda critica la gestión en este ministerio, a pesar de la existencia de un personal capacitado, porque, para él, el problema ha estado en la cúspide, en el ministro. Es entonces cuando saca a colación una frase atribuida a Sertorio por los historiadores, en la que decía «que prefería tener a su disposición un ejército de ciervos mandados por un león, que un ejército de leones mandados por un ciervo»<sup>26</sup>.

En segundo lugar, tenemos los *exempla* que se centran en la táctica de lucha de Sertorio, la de la guerrilla. En las increpaciones que el 9 de abril de 1837 le hacen al Secretario del Despacho de Guerra en relación con la incapacidad del gobierno para acabar con «esas facciones miserables»<sup>27</sup>, se refiere a los carlistas, este afirma que el gobierno hace todo lo que está en su mano, pero en una «guerra de asechanzas, de traiciones y de movilidad no está sujeta a reglas ni cálculos, y las circunstancias impiden concluir las en breve tiempo»<sup>28</sup>. Y para que quede todavía más claro, pone como ejemplo a las legiones romanas, que «a pesar de su disciplina, de su valor y del entusiasmo que por su república tenían» se rindieron en varias ocasiones a Sertorio, y también a Viriato, que practicaban esta clase de guerra<sup>29</sup>.

Las otras tres referencias a Sertorio son de temática variada. La primera de ellas aparece en el discurso pronunciado por Joaquín López en relación con el Proyecto de contestación al discurso de la Corona (24 de octubre de 1839), en el que muestra su disconformidad con la concesión de amnistía por parte del gobierno ya que el conflicto todavía continuaba, se refiere a la primera guerra carlista. Para dejar más clara su postura pone como ejemplo un comportamiento que él considera un acto de amnistía, el que Pompeyo, tras la muerte de Sertorio, quemase su correspondencia sin leerla; y lo podía hacer sin miedo alguno porque su enemigo había muerto<sup>30</sup>. Este acto es visto como una forma de amnistía, y lo juzga razonable porque el conflicto ha concluido.

La segunda referencia tiene como protagonista la «universidad sertoriana». En la discusión sobre el Proyecto de arreglo del clero, cuando se trata el tema de su educación, se menciona la idea de algunos de que las ciencias eclesiásticas se impartan solo en los seminarios. El diputado por Huesca, Francisco Escudero y Azara, defiende que solo las universidades pueden conceder todos los grados académicos y esto es así desde la «célebre universidad sertoriana», es decir que desde entonces «han estado las universidades en esta pacífica, quieta, tranquila y exclusiva posesión»<sup>31</sup>. Se recoge aquí el «mito sertoriano oscense», surgido en la Huesca del siglo XVI, en el que se afirma que la Universidad de Huesca fundada en el siglo XIV por el rey de Aragón Pedro el Ceremonioso había tenido su origen en época de Sertorio, en el siglo I a.C.<sup>32</sup>.

La tercera y última referencia a Sertorio la encontramos en el discurso de Mateo Benigno de Moraza, diputado por Álava, en defensa de los fueros vascongados. Uno de sus argumentos es que «el valor, el denuedo y la bravura de los hijos de la tierra euskera han influido decisivamente en la cuestión de la independencia, defendiendo y luchando siempre aquellos en un suelo erizado de montañas contra todos los que han intentado penetrar por allí en la Península Ibérica»<sup>33</sup>, y esto

<sup>26</sup> DSC, n.º 70, 24 de noviembre de 1899, 2205. En realidad, es una máxima que Plutarco atribuye a Cabrias, un célebre estratega ateniense (*Regum* 187d), pero en la obra de Juan de Mariana es puesta en boca de Sertorio (1601, 167, 12-14); eso explica el error de Arias de Miranda.

<sup>27</sup> DSC, n.º 164, 9 de abril de 1837, 2620.

<sup>28</sup> DSC, n.º 164, 9 de abril de 1837, 2622.

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> DSC, n.º 51, 24 de agosto de 1839, 971.

<sup>31</sup> DSC, n.º 86, 1 de mayo de 1849, 1900.

<sup>32</sup> El mito nace a partir del relato de Plutarco sobre la escuela que fundó Sertorio en Huesca a la que ya nos hemos referido antes. Sobre el origen de este mito, *vid.* Garcés Manau 2002, espec. 243-248.

<sup>33</sup> DSC, n.º 108, 13 de julio de 1876, 2999.

explica, según él, que las provincias vascongadas fuesen aliadas de Sertorio, pero también de Numancia y de Viriato. En realidad, su argumento de independencia desde la Antigüedad le lleva a vincular esta región con Numancia y Viriato, que en el siglo XIX eran claros símbolos de independencia y libertad, a los que aquí se une, gracias a la Lafuente, la figura de Sertorio, quien, como sostiene este historiador, ayudó a los españoles a liberarse del «yugo de los codiciosos pretores», y eso le convierte en otro luchador por la libertad e independencia.

## EL SERTORIO DE LA ESCUELA

Hasta la Restauración los manuales escolares tienen en común su estilo enciclopédico, muy apropiado para un periodo en el que no se piensa impartir una asignatura en concreto, pero sí recopilar de manera exhaustiva los contenidos de las materias sin tener en cuenta la idoneidad o no de lo recopilado. Todavía se estaba muy lejos de poder implantar una escuela nacional con unos contenidos establecidos por el Estado. Las instituciones educativas, controladas en su mayor parte por la Iglesia, siguen el modelo educativo francés, utilizando las traducciones de los textos escolares que se publican en el país galo<sup>34</sup>.

En estos primeros textos se describe a Sertorio como un competidor de Sila (Angulo 1844, 28), uno de los proscritos que había venido a España en busca de protección (Terradillos 1848<sup>2</sup>, 18); un hombre sagaz que entabló «una porfiada guerra con los romanos» (D. M. G. P 1830, 5). Pero, como el público al que estaban destinados era un público infantil ávido de aventuras, en el que se quería despertar el interés por la Antigüedad, se hace literatura en torno a la figura de Sertorio y los autores de estos manuales escolares lo presentan como un héroe de leyenda. Así se explica que sea un general romano que tras huir de las «garras de Sila» (García Sanz 1845, 15-16), supo vencer «al usurpador» y ganarse «el corazón de los españoles» (Terradillos 1848<sup>2</sup>, 19).

Y una vez que Sertorio llega a la península, estos primeros textos se centran en sus planes y en las excelentes relaciones que establece con los españoles, a pesar de ser romano (Castillo 1860, 35). Sertorio es presentado como «un gran capitán», un «político hábil» (Torre 1847, 119), convertido en «caudillo» gracias a «sus excelentes prendas» (García Sanz 1845, 16); también es el «padre de la enseñanza al pueblo ibero» (Campano 1964, 16)<sup>35</sup>. Sin embargo, se deja muy claro que su principal objetivo era «hacerse un partido» y crear una república «parecida a la de Roma» (Castellanos de Losada 1858, 174).

Estos manuales muestran, además, que era el momento perfecto para ganarse «las voluntades de muchos españoles» (Iriarte & Andueza 1860, 143) que, indignados con los gobernadores romanos (Angulo 1844, 28), se van a dejar convencer para luchar por su independencia (Terradillos 1848<sup>2</sup>, 18). Para lograr un mayor efecto, y dar a conocer las grandes oportunidades que brindaba el nuevo personaje, los textos escolares aseguran de forma dramática que su objetivo era «despertar de su afrentoso sueño a los españoles» (Cortada 1846, 52), y que fue gracias a ellos, y en especial por ellos, que consiguió vencer a los ejércitos enviados por Sila a la península, construir escuelas públicas y «formar un senado como el de Roma» (García Sanz 1845, 15).

<sup>34</sup> Así ocurre con la adaptación del *Abregé de l'histoire d'Espagne* del jesuita francés Jean Baptiste Duchesne (1741), realizada por José Francisco de Isla para ser usado por los discípulos de las Escuelas Pías y que se publicó bajo el título *Compendio de Historia de España*

(1754); o el *Compendio de la Historia de España* escrito en francés por Adèle Costes y traducido al español por Luis Bordás (1842).

<sup>35</sup> Nuevamente el «mito sertoriano oscense».

En estos textos escolares vemos también cómo los hispanos, y de manera concreta los lusitanos, reaccionaron de forma positiva a su intensa actividad política y militar, y en especial a los intentos del romano de atraerlos a su causa. Con este fin pone en práctica una serie de medidas «para conservar el afecto que le tenían» (Angulo 1844, 28.), y con ello logra formar un ejército «con el que se impuso al mismo Sila» (D. M. G. P 1830, 52). También dejan muy claro que tanto él como sus hombres «tal vez hubieran devuelto a España su independencia» (Castillo 1860, 35), si no hubiera caído «víctima de la traición de Perpenna» (Torre 1847, 19).

Finalmente, los textos narran la suerte que corrieron aquellas ciudades que, al elegir el bando sertoriano, y tras ver cómo el ejército enemigo lograba derrotar a su caudillo, o bien «se rindieron al general romano Pompeyo» (Angulo 1844, 29), u optaron por defenderse «hasta el extremo de morir de hambre» en un último grito de libertad (Terradillos 1848<sup>2</sup>,18), y antes de ser arrasadas por haberse opuesto de forma tenaz al control romano (García Sanz 1845, 16). Y es que finalmente, tal y como narra García Sanz en su manual, y tras comprobar el cruel destino que corrieron Osma y Calahorra, España, «atónita», «decidió agradecer a Pompeyo las cadenas» (García Sanz 1845, 14). Tampoco se olvidan de contar el final del «traidor» Perpenna, aquel al que los propios hispanos se negaron a servir por ser un asesino (Angulo 1844, 29), y que pagó «su alevoso crimen» con su cabeza (Terradillos 1848<sup>2</sup>,18; García Sanz 1845, 15).

La Restauración borbónica supone el impulso definitivo a la reforma educativa, que, con la implantación de la Escuela Nacional y la sistematización de los cuestionarios oficiales, consigue unificar los contenidos de los libros de texto y diseñar la nueva imagen de los viejos héroes nacionales, puestos ahora al servicio de la nueva España nacional.

Los relatos escolares siguen conservando la idea de que «el valiente capitán romano» (Ibó Alfaro 1884, 37) era un político hábil y uno más de los que tuvieron que huir de Roma porque pertenecía al partido de Mario (Baró y Sureda 1876, 23). Pero es ahora cuando encontramos en los textos claros signos de revalorización de lo hispano, de hacer notar en la narración el relevante papel que representaron aquellos primeros españoles entre los que el romano «adquirió un gran prestigio» (Ibó Alfaro 1884, 37), y entre los que supo encontrar «protectores y aliados» (Solano Vitón 1900, 14). Porque los hispanos, fascinados con aquel general que lo mismo «atendía a los asuntos de la guerra» que se convertía en un «defensor de su causa» (Rubio y Ors 1875, 18), vieron en aquel romano «que se puso a la cabeza de los descontentos» (Olivella 1888, 13), que «alagaba su espíritu» (Monreal de Lozano 1887, 27) y que se convirtió en el defensor de «los intereses de España» (Ortega y Rubio 1889, 37), la posibilidad de combatir por su independencia.

Y cuando se trataba de relatar cómo era Sertorio, además de describir su talento militar y narrar cómo aquel hábil y esforzado capitán (Orberá y Carrión 1878, 8), al que por su valor los hispanos llamaron el segundo Viriato (Monreal de Lozano 1887, 27), peleó contra los ejércitos romanos, los textos se centran en aquellas cualidades que debía poseer todo héroe que se precie de serlo: la de hombre dulce, humano y generoso (Pontes 1895, 28); cumplidor de sus promesas (Cervera Torres 1894, 37); que no fue nunca un traidor «porque peleaba contra un partido, pero nunca contra su patria» (Ortega y Rubio 1889, 38); y que fue capaz de liderar «un ejército compuesto de españoles reconocidos y de romanos residentes en España» (Cervera Torres 1894, 36).

Señalan, además, que sus intereses, lejos de resultar incompatibles con los de los españoles, le permitieron «hacer independiente a España» (Pontes 1895, 28), otorgarle las instituciones de gobierno que necesitaba y acercar las costumbres romanas a unos hombres que supieron corresponder a un general que les trataba «con conmiseración y afecto» (Cervera Torres 1894, 36), ofreciéndole su apoyo para vencer a Metelo y Pompeyo (Arizmendi de Sanz 1897, 21).

Pero su buena suerte termina cuando los «descalabros y la desconfianza de los suyos» (Rubio y Ors 1875, 18) lo transforman en alguien «suspica, receloso y hasta cruel» (Pontes 1895, 28-29), lo que conllevó la desertión y la desconfianza entre sus hombres e hizo que sucumbiera asesinado por su lugarteniente Perpenna (Ferrer y Gámez de Otarola 1875, 99), un hombre traidor y envidioso (Monreal de Lozano 1887, 27), que «en mala hora pisó la península» (Cervera Torres 1894, 38), cuyo premio por semejante traición fue «la muerte a que le condenó Pompeyo» (Ramírez Sánchez 1897, 35).

En los relatos de este último período las protagonistas no son las ciudades rebeldes que osaron oponerse a Pompeyo, sino los soldados españoles que formaron parte de la guardia de Sertorio y que fieles a su caudillo se dieron muerte dando ejemplo de su «heroica fidelidad» (Pontes 1895, 29). Un relato muy apropiado para unos años en los que España con un ejército obsoleto, escaso y desorganizado debía hacer frente a los insurrectos en Cuba y Filipinas.

## CONCLUSIÓN

Sin duda alguna, el Sertorio que llega al siglo XIX es el de Plutarco, de cuyas *Vidas paralelas* había una traducción al castellano realizada por el Consejero de Estado D. Antonio Ranz Romaniños entre 1821 y 1830. Sin embargo, no será hasta la publicación del primer tomo de la *Historia General de España* de Lafuente (1850), cuando nuestro personaje es «españolizado», pero sin que deje de ser romano, porque al historiador liberal le interesa también destacar su papel romanizador: organiza y equipa al ejército a la romana, introduce instituciones romanas (senado), con él nace en España el gusto por las letras, en definitiva, con él llega la «ilustración romana». Y de esta manera es convertido en un miembro de derecho más de esa trilogía sagrada de la mitología de lo español a la que nos hemos referido antes, porque va a ser un «Viriato a la romana». Así se refleja en la oratoria parlamentaria y en los textos escolares. En estos últimos, además, es presentado como un héroe de leyenda, principalmente en los publicados a lo largo de segunda mitad de siglo. Entonces es un héroe nacional que lucha por la independencia de España y a finales de siglo, y en relación con los conflictos armados en las colonias de ultramar, el protagonismo de Sertorio va a pasar a sus fieles soldados españoles.

En ninguno de estos casos se deja ver que Sertorio pensó como un estadista romano ni que los hispanos de su ejército estaban en una posición subalterna con respecto a los romanos. El hecho de que fuese llamado por los lusitanos, dato que podría no ser cierto, fue el punto de partida para fomentar la idea del «nacionalismo ibérico». Y en una centuria en la que España necesitaba consolidar su identidad nacional buscando símbolos identificadores, Sertorio encajaba perfectamente, aunque hubiese que pasar por alto ciertos detalles transmitidos por las fuentes clásicas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, J., 2016, *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. & G. DE LA FUENTE MONGE, 2017, *El relato nacional. Historia de la historia de España*, Madrid: Taurus.
- BALMACEDA ERRAZURIZ, C., 2016, «Orosio: tradición y revolución en la historiografía latina», *Onomázein* 33, 156-173.
- CASTILLO, P., 2018, «Sagunto y Numancia como *exempla* históricos en la oratoria parlamentaria de la España liberal (1868-1939)», *RevHisto* 15, 277-300.

- CASTILLO, P. & P. IGUÁCEL, 2018, «Viriato en el Congreso de los Diputados (1968-1939)», en: A. Duplá Ansuategui *et al.*, *Antigüedad clásica y naciones modernas en el viejo y nuevo mundo*, Madrid: Polifemo, 101-125.
- GARCÉS MANAU, C., 2002, «Quinto Sertorio, fundador de la Universidad de Huesca. El mito sertoriano osense», *Alazet* 14, 243-256.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, D., 2018, «Q. Sertorio, personaje literario: creación, reelaboración y recepción», *Revista Historia Autónoma* 13, 55-70.
- GARCÍA MORA, F., 1991, *Un episodio de la Hispania republicana: la guerra de Sertorio*, Granada: Universidad de Granada.
- HOSE, M., 1994, *Erneuerung der Vergangenheit. Die Historiker im Imperium Romanum von Florus bis Cassius Dio*, Stuttgart-Leipzig: B. G. Teubner.
- LAFUENTE, M., 1877, *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, tomo I, Barcelona: Montaner y Simón, Editores.
- MARIANA, J. de, 1601, *Historia General de España*, tomo primero, Toledo: Pedro Rodriguez, impresor del rey nuestro señor.
- MOLINER PRADA, A., 2008, «La articulación militar de la resistencia: la guerrilla», *Trocadero* 20, 45-58.
- NEIRA JIMÉNEZ, L., 1986, «Aportaciones al estudio de las fuentes literarias antiguas de Sertorio», *Gerión* 4, 189-211.
- PÉREZ VEJO, T., 1996, *Pintura de historia e identidad nacional en España*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- SALINAS DE FRÍAS, M., 2014, «Reflexiones sobre la guerra de Sertorio en la Hispania Citerior y sus fuentes literarias», en: F. Sala Sellés & J. Moratalla Jávega (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania. Una revisión histórica desde la Contestania*, Alicante: Universidad de Alicante, 23-33.
- STRASBURGER, H., 1965, «Poseidonios on Problems of the Roman Empire», *JRS* 55, 40-53.
- SYME, R., 1964, *Sallust*, Berkeley-Los Angeles-London: University of California Press.
- WULFF ALONSO, F., 1994, «La Historia de España de D. Modesto Lafuente (1850-67) y la historia antigua», en: P. Sáez, S. Ordoñez (eds.), *Homenaje al profesor Presedo*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 863-871.
- WULFF ALONSO, F., 2003, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona: Crítica.

#### TEXTOS ESCOLARES

- ANGULO, J. R., 1844, *Nociones generales de la historia de España desde los tiempos primitivos hasta el año 1843 que fue declarada mayor de edad S. M. la reina Doña Isabel II redactados para uso de los educadores por José R. Angulo*, Madrid: Imprenta de Rufino la Sota.
- ARIZMENDI DE SANZ, A., 1897, *Elementos de historia de España*, Sevilla: Librería de hijos del Campo.
- BARÓ Y SUREDA, T., 1876, *Historia de España (Compendio) por D. Teodoro Baró*, Barcelona: Establecimiento tipográfico de N. Ramírez y Ca.
- CAMPANO, L., 1864, *Compendio de la historia de España consagrado a los niños y puesto en verso por Lorenzo Campano*, Madrid: Imprenta de Zacarías Soler.
- CASTELLANOS DE LOSADA, B. S., 1858, *Memorándum historial; nociones de la historia universal y particular de España por siglos, comprende la historia, la cronología... Por Basilio Sebastián Castellanos de Losada*, Madrid: Imp. a cargo de F. de Castillo.
- CASTILLO, P. del, 1860, *Lecciones en verso de la historia de España desde su origen hasta los más importantes sucesos de la época presente, precedidas de los principales conocimientos de la cronología, obra escrita para la enseñanza de la juventud por Pio Castillo*, Lérida: Establecimiento tipográfico de José Sol.
- CERVERA TORRES, C., 1894, *Curso de historia de España*, Valencia: Imprenta de Francisco Vives Mora.

- CORTADA, J., 1846, *Lecciones de Historia de España por Juan Cortada*, Barcelona: Imprenta de Antonio Brusi.
- DUCHESNE, J. B., 1789, *Compendio de historia de España*, Barcelona: En la oficina de Carlos Gilbert Tutó.
- FERRER Y GÁMEZ DE OTAROLA, M., 1875, *Programas de instrucción primaria para facilitar su uso en las escuelas; colección completa por Micaela Ferrer y Gámez de Otarola*, Madrid: Imprenta y librería de hijos de la Fe.
- GARCÍA SANZ, L., 1845, *Nueva historia de España para los niños por Luis García Sanz*, Madrid: Imp. de Casimiro Rufino Ruiz.
- IBÓ ALFARO, M., 1884, *Compendio de historia de España 10a edición*, Madrid: Imprenta Martínez y Boga.
- IRIARTE, T. de & J. M. ANDUEZA, 1860, *Lecciones instructivas sobre la historia y la geografía obra póstuma de Tomás de Iriarte, 10a. edición*, Málaga: Imp. y Librería de Martínez Aguilar.
- D. M. G. P. (ed.), 1830, *Compendio de la historia de España traducido a nuestra lengua por el P. José Fr. De Isla puesto en forma de dialogo para la más cómoda instrucción de la juventud publicado por D. M. G. P, corregido, enmendado y adicionado hasta el año 1930, 2.ª edición correg. aumentada hasta 1 enero de 1843*, Gerona: Imprenta y Librería de Joaquín Grases.
- MONREAL DE LOZANO, L. C., 1887, *Cartilla de historia de España para uso de las escuelas de niñas por Luciana Casilda Monreal*, Barcelona: Imprenta de Pedro Ortega.
- OLIVELLA, F., 1888, *Compendio de historia de España arreglada para el uso de los colegios y escuelas por Francisco Olivella*, Matanzas: Imprenta y librería Galería Literaria.
- ORBERÁ Y CARRIÓN, M., 1878, *Nociones de historia de España por María Orberá y Carrión; precedidas por un prólogo del Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe*, Valencia: Imprenta de R. Ortega Cocinas.
- ORTEGA Y RUBIO, J., 1889, *Compendio de Historia de España*, Valladolid: Librería Nacional y Extranjera de los Hijos de Rodríguez.
- PONTES, J. M., 1895, *Narraciones históricas o colección de hechos heroicos, rasgos notables y virtudes de los españoles. 2a edición, esmeradamente corregida y aumentada: libro de lectura moral para las escuelas de ambos sexos por José María Pontes*, Madrid: Imprenta de Enrique F. de Rojas.
- RAMÍREZ SÁNCHEZ, D., 1897, *Resúmenes para la infancia*, Valladolid-Madrid: Imprenta, litografía y librería de L. Miñón.
- RUBIO Y ORS, J., 1875, *Lecciones elementales de historia de España para los alumnos de segunda enseñanza por Joaquín Rubio y Ors. Ordenadas según el método seguido en su epítome-programa y destinadas a formar parte de las lecciones elementales de Historia Universal*, Barcelona: Tipología Católica.
- SOLANO VITÓN, P., 1900, *Historia de España distribuida en secciones y grados, con un apéndice al final de los diferentes estados de la Edad Media y sucinta historia del reino de Valencia por Pablo Solano Vitón 6.ª edición*, Valencia: Imprenta de M. Alufre.
- TERRADILLOS, A. M., 1848, *Prontuario de historia de España; aprobado por el gobierno dispuesto en dialogo para facilitar su estudio, 2ª edición enteramente corregida*, Madrid: Imprenta de Vitoriano Hernando editor.
- TORRE, J. M. de la, 1847, *Elementos de historia universal y particular de España, isla de Cuba y Pto. Rico, compilados por José María de la Torre*, Habana: Imprenta de Soler.